

Organización sindical revolucionaria

Henri Lacroix

Julio de 1932

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 104-114; publicado en *Comunismo*, número 14, julio de 1932)

En nuestro artículo sobre la crisis de la CNT, publicado en el número 13 de “Comunismo”¹, hemos examinado el proceso histórico, las causas y los elementos que han producido y agudizado la crisis del organismo confederal, dejando para este artículo, como prometimos, indicar la orientación que con arreglo al marxismo creemos debe darse a toda organización sindical revolucionaria moderna si ha de cumplir debidamente su cometido clasista. Pero antes de entrar en la exposición de nuestra tesis queremos hacer resaltar un hecho importante, acontecido después de la publicación de nuestro artículo anterior, y que evidencia una vez más el estado de crisis profunda que hemos examinado, que pone además de manifiesto un estado de ánimo que no puede justificarse con frases acere del “temperamento inquieto e inseguro” (que dice el amigo Peiró) de determinados elementos, sino que es la manifestación más categórica de la desorientación imperante en los medios dirigentes confederales. Nos referimos al manifiesto firmado por un importante grupo de significados sindicalistas, algunos de ellos como Vidiella, Magre, Gelabert, Botella, etc., dirigentes o ex dirigentes de la CNT, manifiesto que confirma lo que siempre hemos dicho acerca de la consistencia doctrinal del anarquismo (sobre todo del anarquismo español, que a pesar de su fuerza numérica es casi nulo teóricamente), circunstancia ésta que produce con mucha frecuencia el “fenómeno” (el hecho natural, creemos nosotros) del cambio de posiciones de una forma radical y sin transiciones de ninguna especie, el hecho concreto del paso del apoliticismo abstracto y sectario, desenfrenado, a la política de la pequeña burguesía. Lo ha dicho Marx y lo han repetido sin cesar todos sus discípulos, que el anarquismo, aun revistiéndose con frases de izquierda y de un desenfrenado radicalismo, lleva en sí el germen que, en el terreno práctico de la lucha, cuando se impone la necesidad de buscar soluciones, cae de lleno en el campo de la pequeña burguesía (y ya sabemos que la pequeña burguesía es el sostén del capitalismo), sea consciente o inconscientemente.

Magre, Vidiella y sus amigos, con su manifiesto no han hecho más que destapar el tarro de la confitura doctrinal del anarquismo español. Sabíamos nosotros que durante las pasadas elecciones legislativas los elementos de la FAI, en Barcelona, habían apoyado de una manera directa la candidatura de la “Esquerra”; pero se hizo con habilidad, con tanta habilidad por lo menos como la empleada por sindicalistas y anarquistas sevillanos para hacer triunfar la candidatura del pequeñoburgués Balbontín contra la del candidato del partido comunista. Los firmantes del manifiesto han venido a *demostrarnos* que la clase obrera debe actuar en política de una manera abierta y, quizá sin querer, cometen la imprudencia de no señalar concretamente qué clase de política debe hacerse, aunque sin enseñar la oreja pequeñoburguesa. Antes nos hablaban del apoliticismo en abstracto, y con ello hacían un gravísimo daño a los intereses de la lucha revolucionaria del proletariado; ahora nos hablan con la misma abstracción de intervención política de la clase obrera, con lo que el daño que producen no es menor y la confusión es mucho mayor. Pueden los Peiró, Carbó y demás camaradas considerar que los firmantes del manifiesto son unos renegados o unos averiados politicastros. Nosotros no queremos discutirles sus

¹ Ver en esta misma serie de nuestras Edicions Internacionals Sedov “[La crisis de la CNT](#)”, del mismo autor.

argumentos, aunque sí hemos de advertir que la actual actitud de Magre y sus amigos, de la que discrepamos como discrepábamos antes de su “apoliticismo”, nos parece una consecuencia lógica derivada de la inconsistencia ideológica y doctrinal del anarquismo, de esa doctrina que, como tan magnífica y categóricamente demostró Marx, conduce “apolíticamente” a hacer incursiones en el terreno político burgués. Y que Magre sus amigos ponen ahora el mismo calor que antes, cuando defendían el apoliticismo, en defender su posición; la misma fogosidad por lo menos con que Peiró y otros les combaten, también es cierto. No encontramos entre el apoliticismo de los anarquistas y el politicismo de otros anarquistas más que una pequeña diferencia: que estos últimos, en el paroxismo de la confusión y el desorden doctrinal, se atreven a ser más sinceros, tratan de encontrar una salida al callejón en que se encuentran y no logran otra que la predicha por el marxismo. Quizá si los anarquistas no estuvieran tan poseídos de ese despreciable prejuicio burgués que se llama amor propio, su paso, en lugar de ir al campo del enemigo de una manera indirecta, fuese directamente al campo de la revolución proletaria, al campo marxista.

Nosotros, comunistas, estimamos indispensable la intervención política de la clase obrera, aunque no de esa forma abstracta que antes hemos analizado, sino para realizar una política de clase, de lucha de clases propiamente dicha en el terreno político, porque considerarnos imprescindible fijar nuestra atención en el sujeto, vencerle previamente para conseguir el objeto. El objeto es el estado (si los camaradas anarquistas lo desean diremos “la sociedad”, “la colectividad”, “la humanidad”, como les dé la gana); el sujeto, el burgués que lo posee y lo ejercita. Para lograr la emancipación clasista del proletariado es preciso, y esto está probado a la saciedad, conquistar el poder que hoy sustenta el enemigo de clase; para que ese poder pase a manos del proletariado necesita éste vencer al actual poseedor, y para vencer a este último hay que luchar contra él por todos los flancos, con todas las armas, por todos los procedimientos, sin despreciar uno solo, por insignificante que sea. Luchar contra la expresión jurídica, contra la encarnación política del régimen capitalista (el estado), es intervenir en política, pero es luchar eficazmente contra el régimen de opresión que hoy padecemos. No hacerlo por absurdo apoliticismo, creer que la lucha puede triunfar con llevarla a cabo en el terreno simplista económico, es tanto como intentar luchar con un guerrero fuertemente armado, desarmados nosotros, sin fijarnos en las armas que aquél posee por odio a los armamentos. Eso es pecar de un infantilismo pueril que nada tiene que hacer en el terreno de la lucha de clases. A la burguesía hay que atacarla en todas sus posiciones, con todas las armas; hay que desarmarla previamente para vencerla. Y no olvidemos que las armas principales de la burguesía las constituyen el estado con su enorme cantidad de instrumentos políticos, precisamente instrumentos que caen sobre el proletariado con todo su enorme peso coercitivo cuando éste trata de establecer un “cuerpo a cuerpo” con el burgués que directamente le explota. ¿Qué puede y qué debe hacer la clase obrera? Aceptar la lucha tal como la plantea el enemigo, ajustando su táctica y su estrategia a las normas que exige la moderna preparación del enemigo.

El sindicalismo revolucionario no puede eludir esa responsabilidad. Un sindicato revolucionario es una agrupación de trabajadores, que aspira no solamente a alcanzar una peseta de aumento en el jornal diario, una hora menos de trabajo y un mejor trato moral y material, sino que toma estas conquistas como medio para conseguir un objetivo superior y final, que es su emancipación como clase, cosa que solamente podrá conseguir venciendo al enemigo en todas sus posiciones. Claro que esto no quiere decir que los sindicatos deban presentar sus candidatos directos cada vez que se celebren elecciones a un parlamento, a una diputación o a un municipio. En los sindicatos se agrupan, pueden

y deben agruparse todos los trabajadores, sin distinción de tendencia política, siempre que acepten como método de lucha el principio de la guerra de clases y aspiren a su emancipación. Al sindicato así concebido le incumbe la realización de la acción revolucionaria de la clase obrera en un aspecto fundamental (el económico, por así decirlo), en un flanco de la batalla contra el enemigo. La lucha directa contra el patrono que explota al obrero es la *especialidad* del sindicalismo revolucionario en régimen capitalista (en régimen proletario tiene otras funciones), pero sin olvidar que forma parte integrante de un ejército que ataca no solamente por ese flanco, sino por otros muchos, y que su deber es apoyar a todos sus compañeros en la acción guerrera entablada. Otra gran parte de la acción de ese ejército es la lucha política. Es lógico que esos sindicatos, que, como hemos visto, tienen una misión especial que cumplir, presten su apoyo decidido en la acción política a aquellos que, militando en su propio seno y siendo siempre la vanguardia en la lucha, son los únicos defensores de los intereses del proletariado en el terreno político.

Alguien podrá objetar que todas estas citas de la concepción marxista sobre el sindicalismo son demasiado elementales y que están muy vulgarizadas ya. Sin embargo, es necesario repetirlas porque aún no han sido comprendidas por enormes contingentes de la clase obrera española. Hablamos de la CNT y para los militantes todos de la CNT, que actualmente se debaten en un mar de confusiones, y exponemos lo que creemos debe ser la orientación de la CNT. Pero eso que dejamos expuesto es solamente un aspecto de la cuestión que examinamos. No se trata solamente de saber si la CNT debe inspirar su actuación en el verdadero sindicalismo revolucionario, si debe o no intervenir en la lucha política del proletariado. Es necesario también que la organización sea estructurada con arreglo a las necesidades de la lucha de clases moderna, porque hay que tener presente que la modernización de los medios de producción, la racionalización capitalista de la producción misma, exigen la *modernización*, si puede emplearse esa expresión, el acoplamiento de nuestras organizaciones a las exigencias de la lucha. Por ejemplo: el cooperativismo, las sociedades de oficio harían (y hacen donde aún existe) un papel ridículo que coronaría siempre el proceso en las actuales batallas de clase. El capitalismo también se ha organizado y ha *modernizado* sus organizaciones de acuerdo con el maquinismo y la estructuración industrial. Es ésa una lección que la clase obrera debe aprovechar. Un sindicato de industria es una federación de oficios, de especialidades, impuesta por esas necesidades de organización moderna que antes hemos señalado. Pero es necesario que esos sindicatos, que, como es lógico, han de estar organizados en federaciones nacionales o internacionales de industria, se reajusten a otras particularidades. La industria minera, la siderúrgica, la metalúrgica, por ejemplo, funcionan de una forma unilateral y conjunta. El sindicalismo revolucionario debe tener muy en cuenta esta circunstancia y acoplar su organización a las exigencias de la misma. No se trata de una cosa circunstancial que pueda resolverse con una acción conjunta y circunstancial también de varios sindicatos (los interesados en el caso citado), sino de un hecho organizado que exige una forma organizada de acción de los sindicatos obreros. Por ahí se ha hablado de la creación de “sindicatos de empresa”, fórmula ambigua que nada dice y todo lo confunde. Se trata únicamente de establecer una especie de federación de sindicatos de industrias que, aun siendo diferentes, converjan al mismo fin. Lo mismo en el caso concreto que hemos citado como en estos otros ejemplos: los obreros mineros que trabajan en minas de extracción de yeso, cal, cemento y similares, cuya acción puede y debe unirse muchas veces con las de los obreros del ramo de construcción; los obreros de fábricas de papel con los de artes gráficas, etc., etc.

Hasta aquí lo que pudiéramos llamar forma externa de organización del sindicalismo revolucionario. Partimos de la base, desde luego, que el sindicalismo

revolucionario lucha por el logro de dos objetivos: la conquista de mejoras inmediatas de la clase obrera y la emancipación total de la misma. Por ese motivo no hemos hablado del sindicalismo tradeunionista y del sindicalismo reformista.

El otro aspecto del problema, el de la organización interna o de base, es quizás el más importante y el que más abandonado está en España por parte de la CNT. Una organización sindical revolucionaria que aspira a regir y administrar la economía socialista, después del triunfo de la insurrección proletaria y la toma del poder por la clase obrera, no puede desentenderse de un problema tan enormemente fundamental

[...]

acertadísima, aunque los intereses de la clase obrera hayan sido perjudicados. Así, el partido cometió un error al convocar la conferencia de Sevilla y crear el C. de R., no por el hecho en sí de crearlos y producir la escisión en la CNT y en todas las organizaciones sindicales del proletariado español (lo cual estaba previsto desde el momento de hacer la convocatoria a la conferencia de Sevilla), sino porque, a pesar de la maniobra, no se ha logrado conquistar a la clase obrera. Por eso se procedió entonces a cambiar un poco el nombre de las cosas, dejando intangible el procedimiento. “Transformación del Comité de Reconstrucción en Comité de Unidad Sindical”. ¿Pero es posible *transformar* una cosa tan podrida en algo tan sano y puro como forzosamente ha de ser un Comité de Unidad Sindical? Nosotros dijimos que se trataba de una maniobra y apuntamos la única solución factible: disolución del C. de R.; lucha por el reingreso en la CNT; cambio radical en la táctica sindical del PC; unidad sindical sobre la base de la CNT.

Los dirigentes del PC de España supieron comprender, mejor que los de la internacional, que, con cambiar el nombre, no cambiando los procedimientos, tampoco cambiaban las cosas. Y no solamente no *transformaron* el C. de R., sino que hicieron todo lo posible por darle a conocer más, a la manera como ellos saben hacerlo. Hay quien se hace popular por su sabiduría, por su bondad y por sus méritos; otros logran la celebridad por sus crímenes o por sus excentricidades. Y el C. de R. no se ha *transformado*, ni se ha disuelto, como nosotros proponíamos, pero se ha hecho célebre cubriéndose de ridículo y cargándose de desprestigio. El tiro de gracia lo recibió al ser trasladado a Barcelona, donde no cuenta con ninguna base en los sindicatos.

No se trata de errores más o menos accidentales, que todos podemos cometer, puesto que no estamos en posesión del don de la infalibilidad, sino de errores que engendra una política falsa y anticomunista, no ya en España, sino en la escala internacional. Desde hace años, la política sindical (como la general, desde luego) de la IC carece de orientación justa y resulta difícil darse cuenta exacta de su significado. Política de zigzags y de maniobras, política tendente a hacer de las masas un instrumento dócil y fácilmente manejable al servicio de sus planes, en lugar de tratar de orientarlas y persuadirlas. Ahí está la tesis sindical del PCE, como prueba de lo que decimos. No es posible saber por ello cómo ve el comunismo oficial español el problema sindical. Una tesis debe ser la expresión condensada de la manera de ver un problema; en una tesis se examinan las causas que determinan la adopción de una posición, se exponen los motivos previamente para luego dar la solución. En buena lógica eso es una tesis. Pues bien, la tesis sindical del PC de España, aprobada en el congreso de Sevilla, es cualquier cosa menos eso, todo menos una tesis concreta y comprensible sobre el problema sindical. No es más que una recopilación de exabruptos sobre el *socialfascismo*, el anarcorreformismo e incluso sobre los progresos de la Unión Soviética; treinta y dos páginas de insultos contra la CNT y la UGT, entremezclados con frases sobre la unidad sindical e invitaciones a hacer viajes a Rusia Soviética. No exageramos. Ahí está el párrafo final de la tesis, que dice: “Por último, preparación de una gran delegación obrera, bien representada, que

visite la URSS, para estrechar los lazos del proletariado español con la Unión Soviética. Esta visita puede hacerse coincidiendo con las fiestas del XV aniversario de la Revolución de Octubre y del triunfo del proletariado ruso y de sus sindicatos en la realización en cuatro años del primer plan quinquenal. Aquí termina la *tesis*, eso que llaman tesis sindical del Partido Comunista de España (y conviene citar este hecho porque la Conferencia Nacional de Unidad Sindical se ha celebrado bajo el signo de los viajes a Rusia). ¡Cómo si la justificación de la necesidad de la unidad sindical o la modalidad de adoptar tal o cual modalidad de organización hubiera que ir a buscarla a Rusia! No se trata de preparar viajes de recreo de un grupo de incondicionales, en honor de quienes se preparan paradas y manifestaciones en Rusia, para que luego se encarguen de pintarnos lo negro blanco, o viceversa; se trata de estudiar aquí, sobre el terreno práctico de la lucha de clases diaria, la necesidad de la unidad y las necesidades de dotar a la organización de una táctica y una doctrina justas. Aquí, y no en Moscú y sus fiestas, están los elementos (el capitalismo y sus consecuencias) que determinan la necesidad de organización del proletariado; aquí hay que resolver el problema. Lo demás son ganas de pasar el tiempo o una demostración de impotencia para defender un determinado punto de vista. Sin ir a Moscú saben los obreros que es necesaria la unión sindical, como saben que para conseguirla no es el más recto el camino estalinista. Se trata de decir cómo puede y debe realizarse esa unidad sindical.

La tesis sindical del PC podía ser inconcreta, y casi podía disculparse; pero lo que no tiene explicación es el *maremágnum* que se ha armado en la Conferencia de Unidad Sindical. Hemos hecho la exposición que antecede para confirmación de lo que hemos venido diciendo hasta aquí sobre la división de las fuerzas sindicales que realizaba el PC. La escisión está ya hecha. Sus ejecutores pueden darle el calificativo que quieran; pero ahí quedan las vagas decisiones de la conferencia y el grito de guerra de “¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo Unitaria!”. Todo es consecuencia lógica de la política sindical de la IC. Hace unos meses hemos denunciado las decisiones del último pleno celebrado por la Internacional Sindical Roja, en el que se abogó por el robustecimiento de la misma. Y los medios que se preconizaban y se emplean para conseguirlo son todos, por malos que sean, sin excluir la división de los sindicatos. Ha faltado valentía para decirlo, y se ha engañado a la clase obrera. Por eso, la carta abierta de la IC era una maniobra absurda, un zigzag aparatoso para engañar a los obreros que simpatizaban con la idea unitaria, como zigzag fue la discusión sindical del congreso del partido. Pero el colmo del desparpajo de quienes en nombre de la unidad hacen la escisión está en la resolución de la “conferencia de sindicatos adheridos a la ISR”, nueva central sindical, como nos lo dice el siguiente párrafo: “En esta vía, la conferencia de sindicatos adheridos al CN de Reconstrucción deciden nombrar un comité nacional provisional, *encargado de convocar y preparar, en el plazo más breve posible*, un congreso de todos los partidarios de la ISR, para constituir la Confederación Nacional de Trabajo Unitaria (?) de España, afecta a la ISR”. Aquí está, plenamente confirmada, nuestra predicción; ya se ha hecho el robustecimiento de la ISR, en nombre de la unidad y a costa de la unidad sindical de la clase obrera española. Se ha cometido la canallada, el crimen imperdonable. Téngase muy presente que se trata de una decisión de la “conferencia de sindicatos adheridos a la ISR”, y no de la Conferencia Nacional de Unidad Sindical, porque es éste un argumento que usan como poderosísimo contra nosotros quienes, viendo descubiertos sus planes, pretenden desmentirnos diciendo que mentimos cuando calificamos de escisionista la Conferencia Nacional de Unidad Sindical. Ya lo sabe todo el mundo; no ha sido éste, sino aquélla, la que ha acordado la creación de la nueva central sindical. Son los comunistas oficiales, los estalinistas, los que realizan la escisión. Los sindicatos y los

camaradas de buena voluntad que quieren la unidad y, engañados, han asistido a la conferencia, no han realizado la escisión. Ya se lo dicen los estalinistas: “Los trotskystas han falseado la verdad”; pero se olvidan decir que les hemos denunciado a ellos como escisionistas, como elementos que preparaban y han ejecutado la escisión, y no a quienes han asistido a la conferencia creídos que iba a hacerse labor verdaderamente unitaria. Lo más repugnante del caso es que los organizadores de la conferencia de unidad, sus inspiradores, sus ponentes y sus amos absolutos son quienes han celebrado ese otro conciliábulo escisionista. De donde se deduce el papel de tapujo que pretenden hacer jugar a las organizaciones que de verdad quieren la unidad sindical.

La característica de la conferencia ha sido la carencia absoluta de competencia para abordar y resolver los problemas, y si a los discursos pronunciados y a las resoluciones adoptadas las desposeemos de la fraseología demagógica, de las groserías e insultos lanzados contra todo aquel que no piensa como los organizadores de la asamblea, veremos que de tanta palabrería no queda nada sustancial. En vez de examinar prácticamente las posibilidades de realización de la unidad sindical, los elementos que se adhieren a ella, cómo conquistar otros nuevos, consignas y sugerencias a lanzar, quiénes son y cómo vencer a los enemigos de la unidad, qué estructura es la más adecuada al movimiento sindical moderno en la actual situación de agudización de la lucha de clases, etc., nuestros *conferenciantes* se dedicaron a rezar al dios Stalin, a cantar en su honor y a lanzar su bilis venenosa contra todo cristo, desde el “socialfascismo” al “trotskysmo contrarrevolucionario”. ¡Bonita manera de ganar la confianza de las masas! Y a punto estuvo la conferencia de aprobar una proposición, después de dos horas de discusión, sobre si debía o no considerarse traidor el comunista que, teniendo un cargo en la dirección de un sindicato, no consigue que éste actúe de una manera revolucionaria (a la moda estaliniana).

Ya hemos dicho que no se abordó ni un solo problema de una manera medianamente justa. Arlandis, este tráfuga de toda la vida, el hombre que un buen día confundió *sóviets* con comités de fábrica, es el encargado de definir ante la conferencia lo que son federaciones de industria y de especificar la función de éstas en el movimiento obrero. Su exposición fue tan desdichada y absurda, que la prensa del partido ha silenciado todo lo que Arlandis se atrevió a decir. La conferencia escuchó a Arlandis y no decidió nada sobre el particular, porque nada podía decidirse en semejante caso. Hay que constituir las federaciones de industria (dijo Arlandis), porque esa labor ha sido desatendida por socialistas y anarquistas. Pero olvidó decir que la necesidad de la constitución de esas federaciones está determinada por algo, que este algo era el desarrollo industrial y el progreso manifestado por las organizaciones capitalistas, a las que el proletariado debe hacer frente, cosa que difícilmente puede lograrse con las antiguas organizaciones de oficio. Pero estas explicaciones elementales no son para que las haga un “sabio” como Arlandis. Era preferible hablar de sindicatos de empresa, como base de las federaciones de industria, y confundirlos con los comités de fábrica.

Era ése un problema de importancia capital, porque de la solución que se dé al mismo depende el éxito de una política sindical justa y verdaderamente revolucionaria. Si en lugar de hablar tanto del socialfascismo hubiera dedicado una mayor atención a estudiar la manera de arrancar a las masas obreras a la influencia reformista (socialista o anarquista) fácilmente se hubiera llegado a una feliz solución. Pero había que ver dónde radica la fuerza y el sostén del reformismo socialdemócrata, por ejemplo; atacar el mal en su base, haciendo que las masas que siguen influenciadas por esos elementos comprendiesen que estaban engañadas por ellos; era necesario, en lugar de gritar hasta enronquecer contra *socialfascismo*, decir a los obreros por qué los socialistas dirigentes

traicionan sus intereses de clase. Y la base de la socialdemocracia está en los organismos de colaboración de clases, en los jurados mixtos del trabajo, en los comités de arbitraje, en las comisiones de clasificación profesional, en los comités paritarios y en todos esos organismos que crean socialdemócratas y burgueses para adormecer el espíritu de lucha de clases de los trabajadores. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que haya que ir a esos organismos a despojar de sus puestos a los jefes socialdemócratas colaboracionistas; pero el problema existe, es éste, y en él radica la fuerza de la socialdemocracia de todos los países. No puede eludirse la cuestión con frases altisonantes acerca del *socialfascismo*, que los obreros no entienden, ni puede convencerse a nadie de la ineficacia de esos organismos y de esos métodos de lucha colaboracionista si antes no se explica cómo debe organizarse la clase obrera y qué métodos de lucha debe emplear. Los convencidos e iniciados en estas cuestiones ven el problema con toda claridad, pero no así los millones de trabajadores que en el mundo siguen a los socialdemócratas y que creen que de la colaboración de clases salen beneficios para la clase trabajadora.

Hay que hablar un lenguaje claro y limpio, simplificando las cuestiones en lugar de complicarlas con ese afán de parecer sabios que tanto impera entre los estalinistas. La única manera de atraer a nosotros a la clase obrera es por medio de la persuasión, haciéndole ver que de la colaboración sólo sale el engaño y la traición y que solamente la lucha de clases puede ser el método de lucha adecuado. No son necesarios los jurados mixtos, ni los comités de arbitraje, ni las comisiones de clasificación, ni los comités paritarios de Primo de Rivera. Los comités de fábrica, obra, taller, mina, empresa, etc., son los que pueden y deben resolver todos los problemas, directamente, entre el capital y el trabajo. A estos organismos deben adherirse todos los trabajadores, estén o no sindicados. Luego no son sindicatos de empresa, ni pueden ser confundidos con ellos. Indirectamente, pueden y deben ser la base de los sindicatos, de la misma manera que éstos constituyen la base del partido, pero no organizaciones sindicales propiamente dichas. Los sindicatos inspirarán la labor de los comités de fábrica, qué duda cabe, puesto que se trata del conjunto más consciente de la clase obrera, y el partido inspirará, si sabe trabajar, la labor de los sindicatos.

Ni una sola resolución de las adoptadas en la conferencia pierde el tono altisonante y de insulto que hemos apuntado. Todas constituyen una magnífica quimera, un dar y dar vueltas a la misma cuestión. La labor de la conferencia ha sido puramente negativa y no ha resuelto ningún problema, ni en el aspecto organizativo de la unidad sindical, ni en el de la elaboración de una táctica y un método de lucha y organización adecuados a las luchas actuales.

La unidad sindical no se ha realizado, ni se ha logrado interesar por la conferencia a la clase obrera española. No se han dado normas justas de organización ni se ha conseguido arrancar las masas obreras a la influencia nociva del socialreformismo y del anarquismo. Se ha alcanzado, en cambio, un grado más de desprestigio hacia el comunismo, y se ha sembrado un poco más la desconfianza entre las masas. Ese es el balance triste y desdichado de la Conferencia Nacional de Unidad Sindical. Ahora empezarán a producirse derivaciones lamentables. Los anarquistas y los socialdemócratas, que lo esperaban, han empezado ya a operar. Los comunistas han sido expulsados de la CNT en Gijón. Es el primer chispazo que se produce después de la conferencia de unidad sindical. Los energúmenos irresponsables de la FAI son capaces de quedarse solos con su acracia y su antiautoritarismo, aunque sea por medio de actos de fuerza y dictadura; pero los estalinistas saben bien dar motivos para ello. En lugar de realizar una política hábil de captación de las masas, tanto en el campo anarcosindicalista como en el socialdemócrata, se realiza, por parte de los estalinianos, una política de

provocación que produce la ruptura con las masas y determina el odio de éstas hacia el comunismo.

Hemos entrado en un período agudo de exasperación partidista en los medios obreros. Las fuerzas obreras se han dividido un poco más en el preciso momento que más necesaria es la unión para hacer frente a la represión, a la reacción patronal, el paro y a la miseria de la clase trabajadora. Aún se agudizará más la situación, y cada día resultará más difícil defender la verdadera unidad sindical, porque los obreros se considerarán engañados y porque los jefes creerán que se trata de una nueva hazaña escisionista. ¡Trágico balance el de la campaña realizada por los estalinistas! La clase obrera tardará en perdonárselo. Pero la unidad sindical es necesaria y hay que defenderla, cueste lo que cueste, tomando como base la CNT.

HENRI LACROIX

[Edicions Internacionals Sedov](#)

[Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España](#)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es